

La joven conquista de aquella noche cerró la puerta del apartamento mientras él trataba de adivinar, entre penumbras, los embriagados contornos de su propia figura reflejada en el espejo del vestíbulo. Gustavo Valera llevaba varias copas encima y el ron galopaba por sus venas aturdiendo sus sentidos. Escuchó el sonido del cerrojo al correrlo y el breve tintineo de las llaves que quedaron colgando de la cerradura. Olía a alcohol y a tabaco; y cuando olía así sabía que todos sus problemas carecían de importancia. Había pasado media noche en una discoteca y luego la suerte le había sonreído con aquella rubia de la barra cuyo nombre se había esfumado de su memoria igual que el humo de un cigarrillo. Hacía escasos segundos que había cruzado el umbral con el firme propósito de cometer un adulterio que poco más podría favorecer al declive de su desastroso matrimonio. Con lo que no contaba su cerebro, ahora instalado en la entrepierna, era con que aquel acto iba a significar el comienzo de su descenso al infierno.

Las luces desvelaron su rostro joven y descuidado. Unas ojeras prematuras delataban cansancio y exceso, y su piel parecía haber perdido color. Al girarse, apartando la vista de su imagen, descubrió a su anfitriona encendiendo el salón. Ni siquiera había sentido su presencia al pasar por detrás de él, ni recordaba que se hubiese reflejado en aquel espejo donde había quedado ensimismado. Pensó entonces que los efectos del alcohol estaban haciendo más mella de lo que en un principio suponía, aunque no estaba dispuesto a dejar escapar aquella oportunidad. Se encaminó hacia la puerta del salón con un leve tambaleo y se apoyó en el quicio bloqueando el paso. Desde ahí admiró nuevamente las curvas de aquella belleza, de las que pronto tomaría posesión. Ella le invitó con voz melódica, hipnotizadora como el canto de una sirena, a sentarse en el sofá; necesitaba ir al baño, le informó con gesto coqueto. Gustavo sonrió, relamiéndose en su interior mientras imaginaba obscenidad tras obscenidad lo que sucedería cuando ella regresara. Y se sentó en el sillón tapizado en blanco, frente al televisor de plasma cuya pantalla recogía toda la sala y lo situaba a él al fondo, mucho más pequeño. Entonces miró de nuevo hacia la puerta para ver a la joven desapareciendo por el pasillo hacia el interior de la casa y se dio cuenta nuevamente de aquel hecho insólito: su imagen tampoco se había reflejado en aquel aparato.

La espera le resultó excesiva diez minutos más tarde. Se había puesto en pie y había tratado de matar el tiempo cotilleando en las pocas fotografías colocadas sobre las estanterías. La chica era guapa, sin duda. Ojos claros, labios carnosos, media melena lisa y suelta. Sonreía en sus poses y dos hoyuelos decoraban unas mejillas levemente redondeadas. Podría haber asegurado en algún momento que le sonaba aquella cara; que ya conocía de antes a aquella mujer. Sin embargo pensó que no estaba en disposición de aseverar nada. Luego se encaminó pausadamente hacia el pasillo. No quería ser impertinente, aunque le empezaba a preocupar la tardanza. La pantalla de plasma lo reflejó en el umbral de la puerta, asomando la cabeza hacia un extremo del corredor. A sus espaldas,

surgida de la nada, la silueta de una mujer avanzaba sin prisa desde la ventana, en un movimiento uniforme donde no se percibía la cadencia de sus pasos.

Toda la casa permanecía encendida. Gustavo reparó en las llaves que continuaban colgando de la cerradura; luego tomó dirección hacia las estancias del interior. Las puertas, abiertas, permitían el paso sin traba alguna. Incluso la del baño, donde tampoco había rastro de la joven. Lejos de preocuparse, recorrió habitación por habitación creyendo que podría tratarse de un juego. Pero pronto se dio cuenta de que no había nadie más en aquella vivienda. Lo supo cuando entró en el último dormitorio. La cama impoluta, un armario abierto y vacío, algunos libros sobre un estante perfectamente colocados; unas cortinas rasas se descolgaban hasta el suelo ocultando la ventana. Olía a cerrado y a Gustavo le recordó al olor de las casas antiguas cuando llevan sin abrirse un tiempo. En la mesilla de noche, junto a una lámpara de diseño, reposaba otro marco con la imagen de la chica. En esta ocasión acompañada por un hombre de su edad, también atractivo. Se preguntó si estaría casada; en realidad, a esas alturas su mente comenzaba a formular demasiadas preguntas. Se acercó hasta la ventana y descorrió las cortinas. Y ahí, reflejándola en la distancia, el cristal descubrió a la joven en pie, aguardando en la entrada. Gustavo dejó de conjeturar y se volvió hacia ella. Su entrepierna volvía a tomar el mando. Pero un escalofrío lo paralizó al descubrir que aquella presencia no era la de su acompañante.

Llevaba una falda oscura y larga, hecha jirones, y una camiseta roída, con manga. Su piel era lívida y su cabeza colgaba hacia un lado, como si el cuello estuviese quebrado y no la pudiese sostener. El cabello rubio, sin brillo y desgredado, ocultaba parte de un rostro demacrado que una vez tuvo la belleza que mostraban aquellas instantáneas. Gustavo no pudo apartar la mirada cuando aquel espectro se abalanzó hacia él en un movimiento veloz, entrecortado y violento para su vista, y se detuvo a escasa distancia. Entonces la joven lo miró fijamente a los ojos y él descubrió en ellos unas pupilas claras, casi albinas, rodeadas de enrojecidos capilares, cuya furia exhalaba terror. Su medio rostro oculto se discernía ahora hundido por un golpe contundente y la sangre reseca permanecía encostrada por la piel. Entreabrió los labios, agrietados y magullados, mostrando sus dientes amarillentos bajo ellos, y esbozó una sonrisa macabra.

Gustavo gritó. Gritó tan fuerte como sus pulmones le permitieron. Y nadie le oyó.

Elías Rangel salió de su despacho de abogados a las diez de la noche. Portaba con dejadez un maletín de cuero en la mano derecha que iba balanceando levemente mientras sentía el movimiento de un centenar de papeles en su interior. Había sido un día duro, pensaba mientras se abrían las puertas del ascensor en el primer sótano, donde tenía su plaza de garaje. El caso en el que ahora trabajaba le quitaba mucho tiempo, y hoy había sacrificado sus dos horas de gimnasio por

preparar la declaración ante el juez de la mañana siguiente. El sonido de sus suelas provocó eco entre los pilares de aquel aparcamiento vacío, donde el silencio anunciaba que posiblemente fuese el único que andaba por allí. Extrajo las llaves del bolsillo de su chaqueta azul oscura y apretó el mando a distancia. Las luces anaranjadas de un todoterreno negro parpadearon en la lejanía, acompañadas por un doble bip tras el que todas las puertas quedaron abiertas. Rangel era un letrado con demasiada experiencia como para no saber cuando un cliente iba a resultar complicado de defender ante un tribunal. Y cuando este último se presentó hacía varios meses, sospechó que le daría más quebraderos de cabeza de lo debido. Sin embargo, el dinero que sacaría a cambio merecía la pena y el esfuerzo. Quizá en última instancia tendría que recurrir a su mal hacer para salir victorioso, como tenía por costumbre en este tipo de procesos. Por el momento, había conseguido que el juez se sintiese interesado por dar un bocado a su pastel de billetes grandes y eso lo colocaba en una posición muy ventajosa con respecto al fiscal.

Abrió el maletero y depositó en él el maletín. Se moría por llegar a casa y darse una ducha. Cuando lo cerró, el pitido del ascensor al llegar a la planta llamó su atención. No había ningún otro coche por allí, así que le extrañó que alguien más bajase al garaje. Desde su plaza, una columna impedía parte de la visión, aunque logró entrever una figura que comenzaba a caminar hacia él. Se asomó con cierta discreción y constató que se trataba de un hombre joven y corpulento que, efectivamente, se dirigía directamente hacia el vehículo. Rangel se asombró. El visitante no parecía tener mala apariencia, vestido con ropa de sport y gabardina. Incluso le pareció, aún en la distancia, que su cara le era conocida. Salió de dudas escasos instantes más tarde, cuando el hombre se encontraba a unos veinte metros. Era un antiguo cliente al que había defendido unos años atrás. Gustavo Valera, creyó recordar. Trabajaba como ejecutivo de una multinacional. Típico ambicioso sin conciencia más que para ganar dinero a toda costa. En realidad, por eso le caía bien; porque era igual que él. Ahora Valera avanzaba con paso firme y él abandonó la posición tras la columna para que le viera. Con media sonrisa forzada y los ojos entornados simulando un *creo que te conozco pero no me acuerdo de qué*, dejó que su ex cliente dijera la primera palabra. Pero esto no se produjo. En su lugar, Valera sacó un cuchillo de hoja ancha del interior de su gabardina y la luz de un fluorescente lo hizo destellar en su diestra. Rangel quedó atónito; en principio, paralizado. Mas su instinto de supervivencia, ajeno a razonamientos estúpidos, le obligó a mover los pies con presteza hasta el interior del coche mientras aferraba la llave como si fuese el amuleto que salvaría su vida. Una vez dentro, hizo varios intentos para introducirla; el temblor de su mano impedía aquella sencilla acción y la convertía en una verdadera batalla. El espejo de la puerta derecha reflejó la imagen de Valera cruzando por detrás cuando el abogado logró su objetivo y, dando media vuelta al contacto, el motor arrancó. Rangel metió la marcha atrás y las ruedas chirriaron. Salió de la plaza antes de que aquel hombre consiguiera abrir su puerta y se situó de cara a la salida. Entonces pisó el

acelerador a fondo y el todoterreno salió disparado dejando una pequeña nube blanca y dos marcas negras en el suelo. Rangel echó un vistazo al retrovisor para cerciorarse de que su agresor había quedado atrás. Sin embargo, su corazón se desbocó. En el pequeño espejo dos ojos albinos le miraban fijamente, enrojecidos, enmarcados en un rostro magullado y putrefacto. El abogado quedó paralizado ante aquella imagen y no fue capaz de sortear el muro contra el que se abalanzaba. Su coche colisionó frontalmente y un fallo mecánico impidió que el airbag saltara. Él salió despedido contra la luna delantera, atravesándola para quedar tendido sobre el capó. Allí, inmóvil, mientras la sangre brotaba de las profundas heridas de su cabeza y se deslizaba por su rostro, presintió a Valera cerca. Su fin había llegado.

El mango negro de un cuchillo era lo único que sobresalía de la ensangrentada sien de Elías Rangel. Sus ojos, aún abiertos, delataban un último aliento de pánico. El teniente Diego Lazcano lo miraba con curiosidad; las manos hundidas en los bolsillos de un gabán marrón, con la solapa y los hombros empapados por la lluvia, y una expresión de serenidad que explicaba al resto de los allí presentes que después de tantos años de oficio nada te sorprende. Sus pies pisaban sobre migajas de cristal, aguardando a que el fotógrafo terminase de lanzar flashes que iluminaban aquel cuerpo sin vida.

– Elías Rangel. Abogado. – Informó su compañero, Bruno Tovar, con una libreta en la mano y un bolígrafo en la otra. Había llegado allí una hora antes que Lazcano y había hablado con gente del edificio. Incluso para lo tarde que era, había logrado cierta información relevante –. No parece que cayese demasiado bien por aquí. Tiene un bufete en la séptima planta. Rangel y Asociados. Se rumorea que no era trigo limpio...

– Y alguien ha dictado su sentencia. – Apuntó Lazcano, bastantes años más experto que Tovar. Sacó una mano del bolsillo y se rascó la mejilla; luego volvió a guardarla –. Parece ser que trató de huir y no lo consiguió.

– Primero se estrelló. Luego lo asesinaron.

– ¿Alguien vio algo?

– No. – Respondió con contundencia Tovar –. He hecho algunas llamadas. El tío era conocido entre los colegas de profesión por actuar presuntamente de manera ilegal. Se sospecha que incluso llegaba a ofrecer sobornos a jueces. Las malas lenguas aseguran que ciertos casos los ganó de ese modo. Sin embargo, no hay nada que lo pruebe.

– ¿Qué defendía? – Lazcano se acercó al cuerpo cuando el fotógrafo se retiró. Enfundó sus manos en guantes de plástico y manipuló la cabeza de la víctima verificando que estaba clavada contra la chapa del vehículo.

– Sobre todo, casos criminales. – Tovar contestó mientras abría la puerta trasera –. Llevaba un maletín en el maletero con documentos del caso en el que trabajaba. Échale un vistazo si quieres...

– Lo haré. Encárgate de que tomen todas las huellas antes de que el forense levante el cadáver.

El policía miró alrededor. La escena del crimen se había convertido en un hervidero de agentes recogiendo pruebas. Lazcano tomó el maletín y se dirigió hacia la salida.

Estaba allí, con una mano en el volante y la otra sobre la palanca de cambios; sostenía el pie derecho sobre el pedal del acelerador y lo presionaba levemente obligando a que el motor del BMW rugiera. En lo alto de la rampa, la figura de su esposa aguardaba con los brazos cruzados.

Gustavo había llegado a casa ensangrentado. Se había recluso directamente en el baño mientras la voz de Carla recriminaba su tardanza y le avisaba de que llegarían tarde a la comida con sus amigos. En realidad, desde hacía un par de años todo eran recriminaciones y malos modos. Quizá Gustavo le debiese mucho a su mujer, pero ya estaba hartado. Era cierto que siempre había disculpado sus errores, incluso aquel tan grave que estuvo a punto de costarle la cárcel. Y allí Carla había sacado su instinto de protección y había inventado una coartada para su esposo. No obstante, aquel instante cambió el curso de su matrimonio.

Tras ducharse y eliminar los restos de sangre, había contemplado en el espejo su rostro desencajado. Llevaba más de un día sin dormir y sus ojeras tenían cierto tinte amoratado. Escuchó la puerta de la calle al cerrarse después de que Carla vociferase que iba a comprar una botella de algo y que le esperaba en la puerta del aparcamiento. Entonces su reflejo lo miró directamente a los ojos, desafiante, y descubrió que éstos cambiaban; sus iris se tornaban albinos. Y fue consciente de que en su interior alguien más controlaba su cuerpo y lo hacía a su antojo.

Su pié embragó y colocó la palanca en primera. El motor volvió a rugir. Gustavo se encontraba prisionero dentro de su propio cuerpo, y estaba siendo testigo de todo lo que ocurría. Carla, arriba, miraba distraída en distintas direcciones. Dos lágrimas de impotencia y rabia resbalaron por las mejillas de su marido cuando su pie izquierdo se levantó del pedal y el derecho se hundió bruscamente en el acelerador. Como un león salvaje abalanzándose hacia su presa, el coche ascendió a gran velocidad provocando un breve estruendo en el silencio del aparcamiento. Los bajos delanteros golpearon violentamente contra el cemento provocando chispas y Carla se sobresaltó. Pero ya era demasiado tarde. El vehículo la embistió con tal furia que los huesos de sus caderas se rompieron y el cuerpo saltó por encima del capó, estrellándose contra el cristal primero y luego rodando por el techo hasta caer nuevamente sobre la acera, inerte.

Bruno Tovar extendió un papel sobre la mesa de Lazcano y éste le miró por encima de la pasta azul de sus gafas de cerca. Luego bajó la vista y leyó su contenido.

– Hace una hora Carla Garay ha perdido la vida cerca de su casa. – Informó Tovar al teniente mientras éste parecía concentrado en la nota –. Según testigos, fue atropellada por su marido y éste se ha dado a la fuga...

– Gustavo Valera... – Susurró Lazcano y puso sobre la mesa una carpeta marrón que guardaba en uno de los cajones de su escritorio.

– ¿Te suena de algo? – Tovar sabía la respuesta, pero dejó que el teniente se cerciorara consultando aquellos expedientes.

– ¡Joder! – Exclamó al certificarlo –. Era un cliente de Elías Rangel...

Tovar asintió con la cabeza mientras Lazcano se quitaba las gafas.

– Hace cuatro años, Gustavo Valera salió de una discoteca con unas copas de más. – Explicó el primero apoyando sus manos en la mesa –. De vuelta a casa atropelló a una mujer, Paula Hervás. La chica perdió la vida media hora más tarde. Él se dio a la fuga sin prestarla auxilio, pero hubo testigos. Aunque su esposa lo encubrió en un principio, se demostró su culpabilidad. Rangel se encargó de su defensa. He hecho algunas llamadas y se dice por ahí que Rangel logró la libertad de su cliente sobornando a la juez. Se rumorea que ésta escondió ciertas pruebas a cambio de una gran suma y Valera salió libre de cargos. El marido de la víctima lo denunció públicamente, pero ya sabes cómo acaban todas las injusticias... En el silencio del olvido.

– Así que ahora ese cabrón se está cargando a todos los que conocían la verdad... – Reflexionó Lazcano –. ¿Quién era la juez?

Belén Rocha regresó a su piso al anochecer. Una fina lluvia regaba la ciudad cuando cerró la puerta tras de sí en la octava planta de su céntrico edificio. Tras encender algunas luces, colgó su abrigo en el vestidor y se descalzó. No se molestó en quitarse el traje de raya diplomática antes de abrir el grifo de la bañera y servirse un zumo de maracuyá en la cocina. Después, en el baño, se desvistió dejando la ropa caída por el suelo y se introdujo en el agua caliente. Aquel era, sin duda, el mejor momento del día; el humo evaporándose aromatizado con esencia de sales perfumadas, su melena recogida con pinza liberando de tensión su nuca, ahora acariciada por aquellos vapores... paredes y espejos cubiertos de vaho, caldeando un ambiente preparado a conciencia para su relajación.

Al otro lado de la casa, un chasquido inapreciable abrió la puerta de la entrada. En el umbral, las botas empapadas de Gustavo Valera dejaron un minúsculo charco de agua embarrada en torno a ellas. Por su gabardina resbalaban aún las gotas de lluvia y algunas caían sobre la tarima mientras él avanzaba, parsimonioso, hacia el cuarto de baño.

Belén sintió el agua besando su tersa y cuidada piel, con los ojos cerrados, inspirando profundamente para aliviar sus tensiones. Los dedos de sus pies sobresalían como periscopios de un submarino, apoyados en el extremo sobre una espesa nube de espuma. La vida cotidiana cada vez provocaba más crispación – reflexionaba en silencio –. Cada caso que juzgaba le parecía más salvaje y despiadado. Asesinatos, malos tratos, violencia gratuita... El mundo estaba perdiendo la cordura; se estaba as salvajando.

Gustavo llegó hasta el baño y se detuvo antes de entrar. Blandía en su mano derecha un cuchillo de cocina, dispuesto a probar su afilada hoja. Entonces Belén abrió los ojos, alertada por un breve crujido de la tarima, y se topó con el cada vez más decrepito rostro del visitante. Éste se había ido consumiendo, como si la piel se estuviese moldeando sin volumen sobre las curvas y rectas de su calavera. Los ojos, hundidos en las cuencas, parecían suplicar clemencia. Por un momento, aquello fue lo que presintió la juez; pero un segundo después, aquellos dos globos cambiaron de color y mostraron ira. Una ira que precedía a una horrible venganza. Gustavo avanzó nuevamente hacia la bañera y Belén se desgañitó presa del pánico.

– ¡No te muevas! – Ordenó una voz detrás de Gustavo. Lazcano apuntaba con su arma directamente a la cabeza del agresor, que se detuvo al oírle.

Tovar entró en el baño, igualmente armado y dispuesto a disparar, mientras el teniente permanecía en el umbral de la puerta. Belén, histérica, lloraba inmóvil en el interior de la bañera.

– Suelta el arma y nadie saldrá herido, Gustavo. – Pidió Lazcano con el dedo sobre el gatillo.

Pero el agresor, lejos de seguir las órdenes, se volvió hacia el policía. Sus ojos se hallaban enrojecidos y por sus fosas nasales asomaban algunos hilos de sangre espesa y oscura. Bajo la piel podían apreciarse las azuladas venas, algunas de las cuales parecían latir al compás de un corazón alterado. Esgrimió su arma mientras desbocaba un alarido ensordecedor, agudo e iracundo. Lazcano apretó varias veces el gatillo. Su compañero lo secundó. Las balas atravesaron a Gustavo Valera y lo hicieron retroceder hasta que, ya sin vida, perdió el equilibrio y quedó sumergido bajo la capa de espuma, con las piernas colgando por el exterior de la bañera y el agua chorreando hacia el suelo de mármol.

Había entrado ya la madrugada cuando Belén volvió de prestar declaración. Un oficial la dejó en la puerta de su casa, aún afectada por lo ocurrido. Trataron de persuadirla para que pasase la noche en un hotel, pero se empeñó en volver a su hogar. Después de aquello, sabía que tenía algo que resolver antes de que la policía se pusiera a indagar. En el vestidor, bajo un falso suelo de uno de los armarios, uno de sus grandes secretos yacía oculto en una caja. La sacó de aquel escondite y la llevó sobre la cama. Allí la abrió descubriendo en su interior un montón de fajos de billetes y algunos informes policiales. Aquel era el gran pecado de su vida; por lo que sería juzgada y condenada. Su corazón sufrió una arritmia al recordar el dolor de los familiares de Paula Hervás cuando ella misma dictó la sentencia: inocente de los cargos que se le imputan. Aquellos llantos no valían el dinero que se había embolsado; ni su mal momento económico justificaba tal injusticia. Valera y su abogado se abrazaban victoriosos ante el desamparo de aquellos familiares, orgullosos por no tener que pagar el precio de sus culpas.

Volcó la caja sobre el colchón y la dejó caer al suelo. Tenía que deshacerse de aquello lo antes posible. Incluso del dinero. Se dirigió hacia la cocina y regresó con un par de bolsas de basura. Cruzó por el pasillo, delante del espejo de cuerpo entero que utilizaba para echarse un último vistazo antes de salir cada mañana hacia los Juzgados; y, tras ella, cruzó Paula Hervás, con su falda hecha jirones y la camiseta roída. Flotando a escasos centímetros del suelo, el cuello quebrado y la cabeza colgando sobre el hombro derecho, avanzando en un movimiento lánguido pero continuo.

Belén dejó una bolsa sobre la cama y abrió la otra. Metió varios fajos, hasta que se percató de que alguien la observaba. Entonces se detuvo. Miró hacia la puerta, pero no había nadie. Luego, hacia la ventana. La oscuridad del exterior convertía a ésta en un espejo. Y allí, reflejando la entrada al dormitorio a sus espaldas, descubrió a la joven de cabello rubio. Se giró soltando la bolsa, con la piel erizada y todo su cuerpo temblando. Paula la miraba fijamente, con aquellos ojos que había visto anteriormente en Gustavo Valera.

– No. – Susurró implorando clemencia.

El espectro avanzó violentamente hacia ella, como en una película pasada a doble velocidad, y de forma entrecortada, como si le faltasen a la misma algunos fotogramas intercalados; y se detuvo a escasos centímetros de su rostro. Belén creyó que iba a perder el conocimiento, pero no fue así. Paula pareció sonreír con la macabra dulzura de un muerto sediento de venganza y terminó su avance. La juez sintió cómo la poseía, sin medios para impedirlo. Luego su cuerpo giró sin que ella pudiera controlarlo, consciente de lo que iba a suceder. Reparó en la ventana, y en la oscuridad de aquella gélida madrugada en el exterior. Sus pies la obligaron a retroceder hasta la puerta y, desde allí, comenzaron a correr a gran velocidad. Belén percibió la cristalera cada vez más cerca con su imagen desbocada hacia ella. En un último instante, contempló cómo su rostro transformaba

sus facciones en el cadavérico aspecto de las de Paula; su cuello crujió ladeando violentamente la cabeza hacia la derecha. Entonces sintió el impacto. Algunos huesos se quebraron produciendo múltiples traumatismos y los vidrios se clavaban en la carne rasgando su piel. Lo último que experimentó fue la angustia del vacío y la fuerza de la gravedad arrastrándola hasta el asfalto, donde quedó destrozada.

Lazcano, con las manos hundidas en los bolsillos de su gabán, miraba a través de los vidrios rotos de la ventana. La lluvia caía incesante formando una cortina de agua, parte de la cual penetraba en el dormitorio favorecida por el viento. Algunos billetes revoloteaban por el suelo y las carpetas, abiertas sobre el colchón, mostraban unos cuantos informes policiales tremolando.

Tovar se situó al lado de su compañero, sosteniendo una de estas en la mano, con la pretensión de sacarlo del trance.

– Ya no son rumores. Tenía las declaraciones de varios testigos que aseguraban haber visto a Gustavo Valera atropellar a Paula Hervás. No sólo ocultó pruebas, sino que se aseguró de que no llamaran a juicio a los testigos más fiables.

Lazcano continuaba en silencio, perdido en sus propias conjeturas.

– ¿Qué opinas? – Le preguntó Tovar.

El teniente enarcó las cejas.

– Requiescant in pace. – Sentenció en un susurro.

– ¿Qué has dicho?

Lazcano se volvió hacia él y esbozó una melancólica sonrisa.

– Que, por fin, ya hay alguien que descansa en paz.